

CAPITULO XXVII

ESCANDINAVIA.

Suecia.—Necesariamente debía caer la Suecia de la categoría á que la había elevado Gustavo Adolfo cuando sucumbió este príncipe en el campo de Lutzen; sostúvose, sin embargo, predominante en el Norte; y si el proyecto de Carlos Gustavo se hubiese verificado, hubiera podido permanecer algún tiempo entre el número de las potencias principales (1).

Cristina.—Cuando Gustavo Adolfo marchó para la expedición (1632), de la que no debía volver, había dejado el gobierno en manos de ministros hábiles, que después de su muerte hicieron elegir á Cristina, su hija, con una regencia compuesta de cinco miembros. Estos eran: Jacobo, conde de la Gardie, livonio; Carlos Gyllenhielen, gran almirante; el gran canciller Axel Oxenstiern, con uno de sus hermanos y uno de sus primos, provistos de instrucciones bastante detalladas para impedir todo abuso de poder. Habiendo sido excluida de la regencia la reina viuda, huyó descontenta á Prusia; y Cristina, conforme á los deseos de su padre, recibió la educación de un hombre; hizo, pues, estudios clásicos, y al mismo tiempo Oxenstiern iba todos los días á instruírle en los asuntos del gobierno y de la política.

Los regentes hubieran querido conservar las conquistas de Gustavo Adolfo en Livonia, y sobre todo en Prusia, en atención á que libertaban al

(1) CHOPIN.—*Revoluciones de los pueblos del Norte*. París, 1834.

SCHMAUSS.—*Einleitung zu der staatswissenschaft zweiter Theil*. Leipzig, 1747.

Para la diplomacia véase *Memorias del caballero de Terlon*, encargado de los negocios de Francia, después de Carlos Gustavo, desde 1656 á 1661. París 1686.

pais de la Polonia, y quitaban á esta potencia el acceso por mar. Pero no pudiendo conseguirlo con las armas por la guerra de Alemania, aceptaron en Strumsdorf un congreso (1635), en el que intervinieron como mediadoras la Francia, la Inglaterra y la Holanda, con el elector de Brandeburgo. Aquellas potencias tenían interés en humillar á la Suecia. En su consecuencia, después de largas y complicadas intrigas, se convino en una tregua de veinte y seis años, por la cual la Suecia restituía á la Polonia la parte de la Prusia conquistada, conservando á Elbing, el pequeño Werder y Pillau; privósele también de posesiones muy favorables á su engrandecimiento marítimo. Ya hemos hablado de sus guerras con la Dinamarca, terminadas por la paz de Brömsebro, y la guerra de los Treinta Años, que concluyó el tratado de Westfalia: según este último tratado, la Suecia se convirtió en un Estado del Imperio, y adquirió la Pomerania anterior, con la isla de Rugen, una parte de la Pomerania posterior y otros territorios.

Cuando Cristina ascendió al trono, formáronse en la corte dos partidos: el uno afecto á Oxenstiern, y el otro que le era contrario: tenía este último por jefe al conde de la Gardie (1644), á quien la hermosura de su persona y sus modales de cortesano debían dar influencia con una reina de veinte y dos años. Muchos príncipes aspiraban á la mano de aquella princesa: pero á ella la agradaba permanecer libre, ó más bien poder satisfacer sus volubles gustos; y después de haber discursado mucho sobre este asunto, declaró al senado su aversión al matrimonio (1649). Invítóle, pues, para que le designase por sucesor á Carlos Gustavo, conde palatino de los Dos Puentes, su primo, que había sido educado con ella. Los Estados confirmaron aquella proposición, y el futuro heredero,

esperó lejos de los negocios, estraño á toda ambición y sólo ocupado de cacerías, un trono al que no parecía próximo á subir.

El reinado de Cristina fué muy brillante, sin que deba atribuírsele el mérito. La Suecia se había hecho bendecir por toda la Alemania reprimiendo la ambición del Austria; había agrandado sus posesiones, aumentado su gloria fuera y su prosperidad dentro, estendido su navegación, favorecido las artes y los trabajos de las minas. Así fué que el producto de las de cobre ascendió, desde 2,400 millones que producía anteriormente á más de 6,000, y no había mueble ó utensilio en el país que no se hiciese de metal. Unidos los suecos y los holandeses en la costa septentrional de América, se establecieron entre los ríos Delaware y Hudson, en el país que llamaron después Nueva Escocia; los primeros se encargaron del cultivo de las tierras, y los segundos de la venta de sus productos. Pero un año después de la abdicación de Cristina, los suecos se vieron obligados á abandonar aquel país á los holandeses, y de los holandeses pasó á los ingleses que le dieron el nombre de Nueva-Jersey. Constituyóse una sociedad para hacer el comercio de la Guinea donde se cambiaba el hierro y el cobre por el oro.

Cristina, cuya instrucción era variada y que escribía en varias lenguas, se complacía en la conversación de los sábios que llamaba de todos los países. Renato Descartes, desconocido en Francia, perseguido en Holanda, le dedicó varias de sus disertaciones y fué á Estokolmo por invitación de la reina. Libre allí del ceremonial de la corte, le era preciso ir á palacio todos los días á las cinco de la mañana para hablar con Cristina, ocupación que aceleró tal vez el fin de sus días, sin que consiguiese convencer á la reina de su filosofía. Asignó una pensión á Gassendi, además de los regalos que le hizo. No pudo detener á Hugo Grocio, á quien el canciller Oxenstiern había hecho ir para adoptar sus consejos; y aquel sábio murió al volver á su patria. Además, Juan Freinsheim, que se atrevió á escribir suplementos á Quinto Curcio y Tito Livio, era su bibliotecario en unión de Gabriel Naudé. Podían verse con ellos en su corte á Marcos Meibon, editor de los antiguos compositores de música; á Claudio de Saumaise, al abate Pedro Daniel Huet, á Isaac Vossio, á Nicolás Heinsio, á Samuel Bochart y á otros más, que le ayudaron á civilizar el país, aunque turbándole de cuando en cuando con sus rivalidades.

Poco contribuyó Cristina á que floreciesen las letras suecas, lo que por otra parte no era fácil en medio de una continua guerra. Así es que sólo se conservaron las matemáticas para el servicio de éstas; y las primeras determinaciones exactas de las países fueron debidas á los filósofos cartesianos Andrés Spole (1699) y Juan Billberg (1717). Después Andrés Celsio (1744) erigió el primer periódico literario en 1742. En 1667 se comenzaron en aquel país las gacetas políticas, y se establecieron

archivos de antigüedades. Jorge Lulio Sternbjeln, padre de la poesía sueca (1672), imitó los metros de los antiguos, y resucitó muchas palabras escandinavas, pero carece de inspiración. El nombre más ilustre es el de Samuel Puffendorf.

Cristina no era hermosa, más bien hombre que mujer en todas sus acciones; descuidada en su traje, de poco alimento, insensible al frío, al calor, á la falta de sueño, incansable á caballo, habitaba con preferencia el palacio de Jacobsdal (Ulricsdal), donde las cacerías, las academias la ayudaban á olvidar los cuidados del trono. Quería, sin embargo, verlo todo; contestaba, inquería, asistía al consejo, ambiciosa y avara de todo género de gloria. No quería tener mujeres á su servicio; se complacía en ser cortejada por los hombres, con quienes era muy voluble; y la crónica de la época cita á varios á quienes prodigó sus generosidades, cuando el tesoro tenía la mayor necesidad de que se pensase en economizarle. Se la sospechó, pues, de locura, y aun más cuando abdicó la corona en favor de Carlos Gustavo (1654), reservándose la absoluta soberanía de su persona, la de sus comensales y servidores, el palacio de Nykæping, las islas de Eland, Gotland, Oesel, Wollin, Usedom, la ciudad de Wolgast y algunas tierras en Pomerania.

Semejante resolución dió lugar á multitud de comentarios. ¿Qué motivo había determinado á ello á la reina? Era para hacerse católica, ó para casarse con Fernando IV, rey de los romanos? Estas no son más que suposiciones. Detestaba los negocios, pero los despachaba con facilidad. Sus rentas estaban en desorden, pero tal vez las había descuidado precisamente porque pensaba desembarazarse de ellas. Tal vez deseaba vivir independiente, ó que la segunda parte de su reinado no empañase la primera, y quería hacerla más ilustre con aquel acto de filosofía.

«Los hombres políticos, dice Federico II, que todo en ellos es interés y ambición, la desaprobaban; los cortesanos, que buscan siempre delicadeza, repitieron que su aversión á un matrimonio con Carlos Gustavo la había inclinado á abdicar; los sábios la alabaron por haber renunciado á la grandeza por amor á la filosofía; pero si hubiera sido verdaderamente filósofa, no se hubiera manchado con el asesinato de Monaldeschi, ni hubiera sentido haber abandonado el trono, como lo sintió en Roma. Las personas prudentes no lo consideraron más que una estravagancia, que no merecía elogio ni vituperio; pues no hay grandeza en descender de un trono sino por la importancia del motivo que determina á ello, por las circunstancias que acompañan á aquel acto, por la magnanimidad con que se sostiene.»

Después de haber convertido Cristina en dinero sus alhajas y los despojos del palacio, se declaró católica en Inspruck (1656): unos dicen que por intrigas de los jesuitas, otros que por un efecto de su propia ligereza; tal vez sin otro motivo que por ser más considerada en los países donde se propo-

nia habitar, ó para añadir una escena análoga á la de su abdicacion. Fué acogida en Italia con una pompa desusada, queriendo el papa con este aparato celebrar un triunfo de la religion. Ofreció á nuestra señora de Loreto una corona y un cetro: establecida en Roma en el palacio Farnesio, uno de los más hermosos del mundo, dividió su tiempo entre el estudio y los placeres, honrada como pocos príncipes de su época hubiera podido serlo. Cuando la Suecia perdió la Pomerania, Cristina sufrió retardo en el pago de la renta que se habia reservado (ascendía á 200,000 escudos, y Oxenstiern decia que ningun enemigo habia costado tan caro al reino): en su consecuencia el papa le asignó 12,000 escudos romanos. En su palacio era donde se reunía todo lo más distinguido que habia en Italia; tratábase en una especie de academia, de poesia y filosofia moral; y esto dió origen á la *Arcadia* (1656). Favorecía y sostenía á los artistas: Octavio Ferrari recibió de ella un collar de oro por un elogio, y encargó á Felipe Baldinucci escribir la vida de Bernini.

Decía, no obstante, que una reina sin reino era una diosa sin templo, á la que pronto le faltan los homenajes; por cuya razon volvió dos veces á Suecia é inquietó al país, como veremos. Mujer de transacciones, queria, al hacerse católica, reservarse el comulgar con los luteranos una vez al año; deseaba, al descender del trono, conservar rentas reales, sin corte, con el derecho de volver á ascender á él y el de poder sentenciar á muerte. Dos veces fué á Francia, la primera fué bien acogida, con frialdad la segunda, y se la envió á Fontainebleau. Cuando adquirió la convicción de que el marqués Juan de Monaldeschi (1637), su caballero mayor, la vendía, le condenó, y le hizo dar el golpe mortal, creyéndose autorizada á aquel asesinato por la reserva enunciada en su acto de abdicacion. Ocupáronse mucho de este crimen en Francia, donde sin embargo fué tolerada Cristina (2). Pero la historia no pudo absolverla ni tampoco la jurisprudencia, pues se encontraba en un

(2) «Había oído hablar tanto de su extraño modo de vestirse, que temblaba de miedo de reirme la primera vez que la viése; pero cuando sucedió me admiró, aunque no excitándome á la risa... En su conjunto me pareció un joven... En la comedia aplaudía los pasajes que le agradaban, juraba por Dios, se recostaba sobre su silla, ponía las piernas ya en una parte, ya en otra, las colocaba en los brazos del sillón, adoptaba posiciones á lo Trivella, recitaba los versos que le agradaban, hablaba con volubilidad y gracia; otras veces permanecía distraída, daba grandes suspiros y volvía de repente en sí como una persona á quien se la despierta de repente. Después de la comedia llevaron frutas y dulces, y luego fuimos á ver unos fuegos artificiales. Estábamos agarradas de la mano, y habiendo caído cohetes á mi lado, tuve miedo, lo que hizo se morara de mí y me dijese: «*Cómo, una dama que ha tenido tantas aventuras y hecho tan grandes proezas, tiene miedo?*» A lo que contesté, que no era valiente sino en esa clase de aventuras, y que esto me bastaba. Dijo después, que su

territorio extranjero. Cuando Inocencio XI abolió las franquicias en Roma, medida á la que Cristina prestó su asentimiento, salvó á un reo preso por los esbirros, y escribió una insolente carta al papa que se la perdonó. Aspiró á la corona de Polonia, se encontró mezclada en todas las intrigas de la época, y cantaron en su alabanza todos los poetas; Escribió diferentes cosas, casi todas en francés, pero lo más interesante son sus cartas y su vida, que dedicó á Dios, á quien con frecuencia dirige la palabra. Vivió hasta el 19 de abril de 1689, y su herencia se distribuyó: Alejandro VIII compró su biblioteca; Livio Odescalchi sus cuadros y piedras grabadas.

mayor placer hubiera sido encontrarse en una batalla, y que no estaria contenta hasta que le sucediese; que tenia mucha envidia al príncipe de Condé por sus hazañas... Fué á comulgar á Nuestra Señora, y los que la vieron no quedaron muy edificadas de su devoción en una católica en su primer fervor. Durante todo el tiempo de la misa habló con los obispos y permaneció en pie. Habiéndole preguntado el capellan del rey con quién queria confesarse, *Con un obispo, dijo; elegidme uno.* La elección recayó en el de Amiens. Habiendo, pues, entrado en su gabinete se puso de rodillas, y no cesó de mirarle fijamente cara á cara; cosa extraordinaria...» MADEMOISELLE DE MONTPENSIER.

«Después de la comedia se la condujo á una habitación donde fué servida por los oficiales del rey; y fué preciso darla hasta camaristas para desnudarla, en atención á que estaba sola, sin damas, oficiales, equipaje ni dinero. Toda su corte consistía en sí misma. Tenía á su lado á Chanut y á otros dos feos hombres, á quienes daba por honor el título de condes, y á dos mujeres, que parecían más bien fruterías que damas. Se manifestó aficionada á la comedia, alababa los buenos pasajes, manifestaba alegría ó dolor, según la representación; otras veces, como si hubiese estado sola, se recostaba en el respaldo de su sillón y permanecía distraída... El poco tiempo que permaneció en la corte le fué útil, en atención á que sus defectos, que sin embargo eran grandes, fueron indemnizados por sus grandes y brillantes cualidades, y por el atractivo de la novedad, tan poderoso en los hombres. Casi todas sus acciones tenían algo de extravagante; se podía alabar mucho en ellas, pero también vituperar. Nada tenía de mujer, ni aun la modestia; se hacia servir por hombres hasta en las horas más privadas; se reía á carcajadas en la comedia italiana, cantaba con los actores; fantástica, libre en sus discursos, tanto sobre la religion como sobre las cosas en que su sexo hubiera debido imponerle más detenimiento. No sabia estarse quieta. Delante del rey, de la reina y de toda la corte, estendía sus piernas colocándolas en sillas tan altas como aquella en que estaba sentada, y las dejaba ver sin que le importase. Hacia alarde de despreciar á las mujeres por su ignorancia, y hablaba con los hombres de asuntos buenos ó malos... Cuando se la habia visto bien y escuchado era difícil no perdonarle sus extravagancias. Mientras duró el carnaval no se notó nada en ella en contra del honor; entiendo del honor que depende de la castidad, pues las caritativas lenguas de la corte no se hubieran llamado; pero en todo manifestó poca prudencia y frenesí por divertirse. Acudía á los bailes de máscaras; iba siempre á la comedia sola con hombres, en los primeros carruajes que encontraba, y nunca hubo nadie que se manifestase más distante que ella de la filosofia.» MADAME DE MOTTEVILLE.

Carlos X.—Aunque hasta entonces se habia mostrado Carlos X súbdito tranquilo y sumiso, dió prueba de aptitud para los negocios. De nuevo ofreció su mano á Cristina, después de ser una persona particular, más rechazado otra vez, se casó con Eduvigis Leonor de Holstein Gottorp, y comenzó un reinado que fué corto, pero que ofrece un gran interes. Gustavo Adolfo habia puesto á la Suecia en una posición insostenible: las arcas se hallaban exhaustas, los súbditos debilitados por los impuestos y aumentados los monopolios; obrando Cristina por capricho, habia exigido la obediencia como en un reino despótico, y aumentado de esta manera los descontentos; mal dispuestas las potencias suscitaban continuas querellas; Carlos X debió remediarlo todo y cumplir grandes designios. Le pareció que mientras que en Dinamarca y en Polonia una nobleza inquieta ponía obstáculos con sus privilegios á las intenciones de los príncipes y lo trastornaba todo, podía realizar los proyectos de Gustavo Adolfo, estendiendo su dominación á los países que rodean el Báltico.

Encerrada la Dinamarca entre la Suecia y sus posesiones de Alemania, parecia una conquista fácil. Las provincias situadas en el Báltico, ocupadas entonces por los polacos y la casa de Brandeburgo, interrumpían la comunicacion entre la Livonia y la Pomerania: habia, pues, gran ventaja en adquirirla. Obligando á los ducados de Curlandia y Prusia á reconocer á la Suecia por soberana en lugar de la Polonia ocupando la embocadura del Vistula, sometiendo la Prusia polaca y Dantzick independiente, adquiriendo la Pomerania oriental mediante una compensacion dada á la Polonia en la casa de Brandeburgo, la Suecia se encontraría dueña del Báltico. Sus soldados, que se habian endurecido en el oficio de las armas en la guerra de Alemania, y adquirido una grande reputacion, debían secundar poderosamente semejante proyecto. El dinero estaba escaso, pues las rentas apenas ascendían á 800,000 escudos y la deuda era de diez millones; pero la gran fama de los sucesos y la guerra no podían dejar de proporcionarle. Carlos X hizo conocer á los Estados Generales la necesidad de asegurar las fronteras de la Livonia, cuando la Rusia se encontraba en guerra con la Polonia: en su consecuencia votaron dinero, hizo que los dominios reales enajenados en tiempo de Cristina se redujesen á feudos, con la obligacion los propietarios de restituir una cuarta parte.

Habiendo reunido tropas, las hizo marchar sin haber sido provocado, y por simples motivos de conveniencia contra Juan Casimiro V, rey de Polonia, que alegaba pretensiones á la corona de Suecia (1655). Este príncipe tenia en su contra un poderoso partido, porque no le agradaban las costumbres guerreras del país y porque era dominado por la voluntad de su mujer. El vicecanciller Guillermo Radziowiski escitaba á Carlos X á la guerra, al mismo tiempo que los protestantes le llamaban contra un rey que habia sido cardenal y jesui-

ta. Púsose, pues, Carlos en marcha, y habiendo emprendido la fuga Casimiro, ocupó la mayor parte de la Polonia. Después de haberla adquirido con horribles asolaciones, la conservó con ayuda de medios bárbaros, hasta el grado de prometer que todo polaco de su partido que diese muerte á uno del contrario, recibiría la mitad de los bienes de la victima. Aun ambicionaba más la Prusia; negoció, pues, mucho tiempo con Federico Guillermo (1656), elector de Brandeburgo, que concluyó por reconocerse vasallo de la Suecia, y dar libre paso á sus tropas y entrada en sus puertos.

Pero Casimiro volvió á presentarse: cansados muchos polacos de la preferencia que se concedía á los suecos y á los alemanes, seducidos además por las promesas de que nunca son avaros los pretendientes, le secundaron con actividad; las guardaciones fueron asesinadas y se llamó á los tártaros de la Crimea. Desesperando Carlos X conservar la Polonia en medio de tantos enemigos y de insurrecciones que sin cesar renacían, pensó en dividirla, reservándose la Prusia Real, y concediendo la Gran Polonia, como reino, al elector de Brandeburgo, la Pequeña con la Lituania á los rusos, á los cosacos, y á Jorge Ragoczy, príncipe de Transilvania. En su consecuencia, el elector le secundó con todas sus fuerzas, de tal manera, que derrotó á los polacos y recobró á Varsovia. De esta manera obtuvo Federico Guillermo lo que deseaba, á saber: la soberanía del ducado de Prusia por la convencion de Labiau por la cual aquel ducado y el principado de Warnia quedaban separados de la Polonia y se convertían en soberanía hereditaria en la descendencia del gran elector, que no podía en adelante manifestar pretensiones á la Prusia Real. De esta manera renunciaba Carlos X á su proyecto de reunir las posesiones suecas en las costas meridionales del Báltico, pero no al deseo de incorporar las provincias marítimas de la Polonia. Asustada el Austria con ver á la Suecia acercarse á sus provincias y en peligro la religion católica en Polonia, inclinó á Alejo Mikailovitch de Rusia á invadir la Livonia, mientras que Leopoldo ayudaba á Juan Casimiro. Aquel mismo elector de Brandeburgo, que habia favorecido á los suecos sólo por ambicion, se unió á los polacos desde que éstos se decidieron á reconocerle independiente.

Los Estados de Holanda, cuya comercio en el Báltico se hallaba lleno de trabas por el peaje que Dantzick les imponía, enviaron también una escuadra y se unieron á Federico III de Dinamarca. Este príncipe, que se encontraba amenazado, no se abstenía de hacer la guerra sino por el mal estado de sus rentas y la oposicion de la nobleza, que no le concedía tropas, por temor de que las emplease en destruir la constitucion que le habia sido impuesta; pero viendo que la ocasion era favorable para recobrar los territorios cedidos por el tratado de Brömsebro, empuñó las armas (1657). Para castigarle Carlos X, invadió el Jutland; y pasando de una manera no menos atrevida que nueva el Belt